ese peculiar marasmo, que desde la expulsión del último árabe de nuestra tierra, nos invade.

Hora es ya de renunciar a esta herencia que tanto nos perjudica, y a imitación del ave fénix, resurgir de nuestras propias cenizas con espíritu elevado dispuestos a afrontar y resolver todos los problemas que lleven aparejado el adelanto, higiene y progreso de Lubrín.

Sobre este particular quisiera extenderme más; pero la lectura de la carta de usted a nuestro amigo Leopoldo, me ha impulsado a girar sobre ella siquiera sea para lamentar con usted la desidia innata de los hijos conscientes de ese pueblo, rebeldes al progreso y cultura del siglo en que vivimos. Y por esto nadie debe darse por ofendido, pues la carta que estoy comentando lo dice con la gran meridiana, veluo con las frase que yo lo hago, con la amargura que destina la mayor parte de sus párrafos.

En lo tocante a la creación del Asilo (que Leopoldo desearía fuera más rápida que a telegrafía sin hilos), no cabe duda que se ha de establecer en nuestro pueblo y con edificio propio en lugar que usted y demás señores de iniciativa, residentes allí, señalen al efecto, aunque para realizarlo, se necesite más paciencia que la que dicen tenía Job.

La lentitud con que vamos entrando en vereda los que estamos en América para contribuir a fundar el asilo en el pueblo, es realmente lamentable; pero hay que convenir que somos desafectos a toda idea de adelanto, sobre todo los que estamos en la tierra América. Solo se explica la actitud de esos 700 hijos de Lubrín no contestando más que cuatro al llamamiento humanitario que desde las columnas de AMIGO DEL PUEBLO hasta ahora se han hecho. Y pensar que estamos en la tierra de los hospitales y asilos modelo, en donde el pueblo más insignificante está provisto de esos establecimientos.

Pero parece que esas prácticas humanitarias no hacen efecto en esos selección de hijos de Lubrín que pasan por Nueva York y Buenos Aires, por llevar pegado al cuerpo como la lapa el latazo.

No obstante, la pasmonia que nos agobia a los que estamos en estas actitudes, confío en que tanto el Asilo como otros asuntos que afectan al progreso de Lubrín se han de llevar adelante si los de aquí acude y allende llenan su cometido como sucederá.

Voy a tratar otro tema y conste de antemano que no tengo el honor de conocer a usted, señor Martínez, más que por sus públicos escritos tendientes a defender los intereses generales del pueblo. Hago esta aclaración por si hubiera algún obtuso o mal intencionado que diera otro sesgo a lo que me propongo decir.

El hecho de que sólo salgan para el extranjero ocenta ejemplares de AMIGO DEL PUEBLO y que la mitad no se paguen, produce escalofrío en el alma y al que tenga siquiera un átomo de civismo ha de ponerle la carne de gallina.

Usted cree que no es de malo fé el que muchos no abonen sus suscripciones: tal vez tenga usted razón, quiero hacerme esa ilusión pero el hecho de que no todos los suscriptores de América paguen, no tiene atenuante.

Estamos en el caso de que nosotros que estamos en las tierras de los grandes rotativos: en donde hasta los negros más infelices van por la calle leyendo el periódico no les remuerde el amor propio que deben tener.

Y es que no se han dado cuenta que un periódico es un signo de progreso y que si va bien encaminado debe sostenerse a todo trance porque influye de un modo eficaz en la educación social.

Yo, por este conducto, me permito decir a mis compañeros los emigrados que ya que la Providencia nos ha deparado un hombre incansable en su esfuerzo para la defensa del pueblo en su semanario como es Aurelio Martínez, le ayudemos en su empeño que debe ser el de todo buen hijo de Lubrín. Y esa ayuda debe consistir en que se suscriban al periódico todos los desterrados, para de ese modo hacer más popular el semanario, verdadero amigo nuestro, único vocero y centinela siempre alerta para defender los intereses del pueblo, aún apesar de la vida precaria que por nuestra culpa llevas. Fíjate bien que AMIGO DEL PUEBLO es el paladín de nuestra cultura. Bien claro lo atestiguan sus cartas a Juan Trabajador escritas por el célebre Pelico.

Además ¿quién que tenga amor a Lubrín no se alegra de recibir AMIGO DEL PUEBLO? Yo, francamente lo digo, quisiera recibirlo diariamente.

Para terminar, señor Martínez, suplico a usted y a todos mis paisanos no vean en esta carta mía más que el egoismo que tengo de que mi pueblo no se quede a la cola.

Regla 15—2—17

Juan Cabeza

SEÑOR ALCALDE...

¿Es que es imposible de todo punto impedir que se robe en el mercado del modo descarado y cínico que se hace a ciencia y paciencia de sus subalternos que por lo visto tienen la manga ancha para tolerar ese escándalo?

En dos casos concretos de los innumerables que allí se dan sabemos que en dos libras de pescado faltó media libra y dos libras en media arroba de habas. Y esto como decimos a ciencia y paciencia de los empleados del municipio que, al serles denunciado el robo se limitaban a hacer cumplir el peso sin imponer las multas consiguientes.

Esto es intolerable y V. si tiene conciencia de lo que es un Alcalde de un pueblo, es el primer responsable si siendo conocedor de esos abusos los tolera.

En la plaza se roba con menos peligro que en Sierra Morena ya que por lo visto se hace con el amparo de la autoridad que no castiga como debiera esas taterías.

Urge poner remedio a ese escándalo en bien del pueblo y en bien de la autoridad de V. que queda hecha un pingajo por esas públicas inmoralidades.

RETAZOS

He de contestar a varios a un tiempo y extenderme en otras consideraciones, y dado que comprendo que es bien limitado el hueco que tan generosamente me brindan en este periódico lo haré en esta forma.

DE PREFERENCIA

Dar las gracias a don Federico Bastoso por la franca contestación que en tan florido lenguaje dió a la que yo lo escribí desde estas columnas. Ya lo sabía yo. No en valde acudí a él; que donde haya algo grande que hacer en beneficio de nuestro pueblo; donde haya una miseria que consolar, todos sabemos que allí están ellos. Ellos dije y así es. Ellos son él y su virtuosa y buena esposa, a quien con el respeto debido, me permito aludir desde aquí para ofrendar a sus pies todas las insojas que esa bondad ejemplar le han hecho merecer del pueblo entero.

A UN ESCEPTICO

Claro, que me refiero a la de Aurelio. Mortificarme ¿Por qué? Ni disculparte de nada. Me das tu sibiero parecer y aún me alientas; luego tienes fé, y más te convencerás de lo factible que es dotar a Lubrín de su Asilo cuando vayan siguiendo llegando a vuestras manos cantidades, que por ser pequeñas no harán más que retardar la cosa algo más de lo que es nuestra paciencia, pero que a la postre traerán el éxito de nuestro empeño.

Si yo no he pretendido dar a mis primer pensamiento un sabor religioso ha sido precisamente por que a él pueden acudir por igual todos los hombres de todas las ideas; pero es de entender que instituciones de tal índole han de ser los primeros los que abrazaron la Religión, los ministros de ella, los que con más entusiasmo traten de hacer realidad lo que empezó por un pensamiento. Y cuando precisamente tenemos la fortuna de tener en nuestro pueblo, saberdotes hijos de él, varones llenos de virtud y fervor religioso ¿como no ver ya nuestro Asilo hecho realidad, cuando han de ser ellos precisamente los directores y mantenedores de la cosa? Pongamos nuestros deseos en sus manos y pronto lo veremos.

A LO MEJOR DE LUBRIN

A vosotras, simpáticas paisanitas, acudimos a imploraros nos prestéis vuestro valiosísimo concurso para que entre todos hagamos el Asilo codiciado. Os voy a decir como.

Si os reunís un grupito de querubines (que vaya si abunden), y señalais un día de fiesta en que acuda al pueblo mucha gente, y formais la que se llama una «Fiesta de la Flor, de la Caridad», y salís por esas calles colocándole a todo el mundo que encontreis una flor en el hojal de la americana, por cuya delicadeza no podrá por menos el agraciado que «soltar la moca» (hablando en buen chumbero), ¿creeis vosotras que habrá guapo que sea capaz de resistirse. ¡Quien pudiera andar por ahí ese día!; que me iba a quedar más pelao que una pandereta.

Encantadoras niñas, no espereis más y manos a la obra. Pensad en que en vuestras nacaradas manos está el aliviar en algo la miseria de nuestros pobrecitos. Ved cuanto ensanchará la pureza de vuestros vírgenes corazones las plegarias que en el holocausto vuestro elevarán al cielo las voces temblonas de viejecitas, los argentinos gorgeos de los niñitos desvalidos, y desamparados, la veneración con que os miraran los que con vuestras bondades arranqueis a las garras de la miseria. Pues que de vosotras lo esperamos casi todo, y seguro de ser oido, recibid mi gratitud, mi admiración.

A LOS QUE LO HAN DE HACER TODO

Me refiero a todos los que estais dispuestos a ayudar con vuestro dinero, esteis donde esteis. ¿Qué es lo que esperais? ¿Que os lo vayan a rogar? Estas cosas se hacen expontaneamente, o no se hacen. No penseis ahora en si los demás ayudarán o no: empecemos nosotros a mandarles dinero a los que están en el pueblo que, a bien que no se ha de perder, cuando ellos tengan dinero, que es lo que se necesita para hacer con él; pero mientras tanto, hasta podrían pensar que todo se puede quedar en palabras y con palabras solas, no se hace nada. Muchachos: el movimiento se demuestra andando. AMIGO DEL PUEBLO, recibe donativos y todos sabeis quien es y donde vive.

PARA TERMINAR

Si me fuera dable enumerar, desde aquí a todas las personas que me consta no me habrían de desoir, formaría una relación interminable, por que todo buen hijo de Lubrín encierra en su pecho un corazón grande y lleno de amor a sus hermanos. Como no es posible, me dirijo a todos a un tiempo.

Es el fin que perseguimos al instalar y sostener entre todos un Asilo en el pueblo, que los hombres que tenamos salud, energías y brios para la lucha, tendamos nuestra fraternal mano a los caídos, a los desahuciados por los años, o los inutilizados por la fatalidad, a los huérfanos de los que huyeron luchando, a toda esa pleya de desheredados de la fortuna que no pudiendo ellos por sí buscarse lo que es indispensable para vivir, desaparecerían arrastrados a los abismos de la miseria si nosotros no acudiéramos en su auxilio y aliviemos, siquiera, parte de sus penas. Y pensad que nadie estamos libres de vernos en tan triste situación. Nada importa que hoy nos bastemos para nosotros mismos puesto que nadie puede preveer el porvenir que le está reservado, y que «las torres que desprecio al aire fueron, a su gran pesadumbre se rindieron».

Leopoldo Martínez Fernández

SEMBLANZA FEMENINA

Jovial, simpática y de carácter franco, es la jóven que hoy trato de bosquejar en mis semanales diseños, una linda y apuesta moza que luce con arrogancia la esbeltez de su cuerpo erguido, desta

Diputación de Almería — Biblioteca. Amigo del Pueblo, Semanario Popular (Lubrín). 18/3/1917, p. 2